

1

El rey Grommo se despertó aquella mañana. De un salto se levantó de su cama. Al fin, su sueño que siempre había deseado se cumpliría. Para que lo sepáis antes que nadie, el rey Grommo siempre había deseado capitanear un barco e irse a encontrar El Dorado en Sudamérica. Cuando era pequeño su padre, el rey de entonces, mandaba a los capitanes de todos los barcos de su reino. El hijo en ese momento quería ser un capitán pero su padre no le dejaba. Cuando murió lloró, pero muy poco. Se pasó cuatro horas llorando porque su padre había muerto. En cambio, se alegró el resto del día porque como ya no había reglas, podría hacer lo que le diera la gana. Bueno, eso es lo que pasó.

El rey Grommo se levantó de un salto y no dejó que las sirvientas le llevaran el desayuno a la cama, sino que él bajó a tomárselo en el comedor. Los criados y los guardias se quedaron pasmados al ver que su rey vago y refunfuñón hubiera cambiado a simpático y generoso. Debía tener un buen día. El rey lo tenía todo controlado. Subió a un carruaje y se fue al puerto para ver cómo estaban las cosas. Vio que el barco estaba terminado y estaba todo listo para embarcar. Le dijeron que zarparía al día siguiente. El rey se alegró mucho y deseó que el tiempo pasara más rápido. En ese momento de paz y felicidad, la vida del rey cambió por completo. Le llevaron una carta que decía:

Estimado rey Grommo,

Soy el doctor de España y tengo que darle una buena noticia y una mala. La buena es que su reina hoy ha tenido

una hija bella como el sol. Ojos azules como el mar y cabellos castaños. Es una preciosidad de niña.

En cambio, la mala, es que la reina ha muerto durante el parto. La hemos dejado en la cama por si quiere despedirse. Lo siento mucho pero estas cosas pasan.

Adiós

D. Scrubs.

P.D. Buena suerte en lo de mañana. Se la doy de todo corazón.

El rey se quedó perplejo. ¿Era verdad lo que decía la carta o era mentira? Decidió averiguarlo por sí mismo. Subió de nuevo a su carruaje y se puso en marcha hacia palacio. En la puerta había muchas doncellas llorando que esperaban al rey para darle la mala noticia.

—Mi señor...snif. La reina ha muerto.—dijo una secándose una lágrima que le caía de los ojos.

El rey empezó a estar convencido de lo que decía la carta. Corrió con todas sus fuerzas hacia el dormitorio de su mujer. Cuando entró casi le da un ataque al corazón. ¡Era verdad! Su mujer había muerto. Se encontraba en la cama rodeada de mantas y almohadas para que no se enfriara. El rey se acercó a ella. Deseaba despedirse.

—Has sido mi esposa, la conquistadora de mi corazón y siempre lo serás. Ahora siempre te echaré mucho de menos. Por que... te quiero más que a nada en el mundo.

Muchas criadas se asomaban por la puerta y lloraban desconsoladas al ver a su rey llorando de esa manera. Ojalá no hubiera muerto la preciosa y querida reina. Se fueron de allí para que el rey rezara a Dios. Después vinieron agentes

funerarios y se la llevaron. Unas criadas fueron hasta el rey con algo envuelto en mantas entre sus brazos. Era su hija. El rey la cogió y la miró. Era verdad que tenía unos ojos preciosos. Y el cabello castaño le recordaba a su esposa. Se parecía muchísimo a su mujer.

—No tengo padre, no tengo esposa. Tú eres lo único que tengo.

El rey recordó el nombre precioso de su esposa y se lo puso a su hija en honor a la reina.

—A partir de ahora te llamarás Bella. Princesa Bella.

Recordó que a la reina la llamaban Isabela, así que a su hija la llamarían Bella. El rey se alegró al saber que aún no lo había perdido todo. Aún tenía también a su madre. Una anciana sudamericana que se separó de su esposo y se fue a vivir a su país. Allí vivía desde los últimos largos años y aún seguía en aquel sitio. El rey pensó en mostrarle su hija a su querida madre. Quería que la conociese. Pero el protocolo lo impediría. Así que se la llevó a escondidas.

El día pasó muy deprisa. El rey ordenó que al alba, antes de embarcar, se haría un funeral. El funeral de su mujer. Muchas personas asistieron, algunas en pijama, pero asistieron. El capellán iba diciendo el sermón bostezando cada dos por tres. Al final, cuando acabó todos se fueron a prepararse para embarcar. El rey fue el primero en subir al barco. Se quedó en cubierta observando los tripulantes que lo acompañarían hacia Sudamérica y se complacerían con una pequeña parte de El Dorado. Pero casi todo sería para el rey Grommo. El rey Grommo observó a los tripulantes que subían rápidamente y ansiosos por irse y tocar el oro.

2

Vio que había gordos, flacos, ancianos, mayores, maduros, jóvenes...

El rey sonrió por dentro. Pero su sonrisa cesó al ver que un tripulante se había traído un niño de más o menos dos años. Tenía los ojos marrón fuerte y el cabello rubio. Era delgado pero se notaba que sería un hombre robusto.

—¿A dónde crees que vas?

—Voy donde mi papi.—dijo repitiendo lo que su padre le ordenó que dijese.

El padre lo cogió y se puso delante de él:

—Mire, majestad, no tengo nadie con quien dejarlo, así que pensé que a lo mejor estaría bien que...

—¿Que lo trajese?—terminó el rey.—Por supuesto, adelante. Pero de cualquier cosa que le ocurra se hará usted responsable.

—Su majestad es muy amable.—dijo el tripulante. Cogió a su hijo de la mano y lo llevó dentro del barco.

Cuando todos los que irían a ese largo viaje hubieron subido, la pasarela se izó y el barco zarpó hacia alta mar. El rey entró en su camarote y revisó las cartas náuticas y mapas de todo el mundo. Entre uno de esos papeles se guardaba un antiquísimo mapa de El Dorado, el mapa que los ayudaría a encontrar el valioso tesoro. En ese momento se oyó un lloriqueo. Bella estaba llorando. ¿Tendría hambre? El rey abrió una puertecita que había puesto debajo de su mesa. Se agachó para abrirla, pues era muy

pequeña, y allí estaba su queridísima hijita jugando con unas bolas de papel que su padre le dio para que se distrajesen. Pero se las metió en la boca.

—¡No, no, Bella! No te intoxiques.

Le arrancó los papeles de las manos y de la boca y los tiró a la basura. Bella volvió a llorar. El rey le dio su mano y ésta se la chupó y se la metió en la boca bastantes veces. El rey tuvo que aguantar el asco de las babas pero en fin, era su hija.

Pasaron los días y Bella iba creciendo. Su padre estaba con ella antes de irse a dormir y por la mañana estaba con los tripulantes diciéndoles lo que harían cada día. En fin, era un barco feliz. Todo estaba perfectamente hasta que un día una nube no muy contenta se acercó al barco y lanzó una terrible tormenta que destruyó un trozo de uno de los costados del barco. Todos los tripulantes corrieron a arriar las velas y a tener cuidado. El palo mayor se rompió por culpa de un rayo y cayó encima de un tripulante que corría a esconderse a un lugar donde no le pasara nada. Cuando acabó la tormenta todos corrieron a socorrer a su amigo y lo sacaron de debajo del palo. Se había herido y estaba grave. Corrieron al camarote del rey, quien estaba mimando a Bella en sus brazos. Cuando oyó que alguien llamaba a la puerta, escondió rápidamente a Bella, pues no quería que nadie la descubriese.

—Adelante.—dijo el rey borrando de su boca la bonita sonrisa que le había dedicado a su hija.

El tripulante entró y le contó lo que había pasado:

—Una tormenta se nos ha echado encima y ha roto el palo mayor que ha caído encima de Wilfred y lo ha herido

gravemente. Necesitamos llevarle a un lugar tranquilo para que repose y que un médico lo atienda.

El rey cogió sus papeles y miró qué isla estaba más cerca de donde estaban ellos. Vio que era una isla rara y pequeña pero serviría. Llevaron el barco hasta esa isla y tiraron el ancla al mar. Después, subieron todos a unos botes y fueron hasta la playa, donde los dejaron en la arena cálida por el sol. Llevaron al herido a la playa y le pusieron mantas para que no se congelase.

Mientras algunos vigilaban a Wilfred para que no le pasara nada, algunos otros fueron en busca de ayuda a un pequeño pueblo que había al lado de la playa. El hijo del tripulante, que se llamaba Jeremy, escuchó un lloriqueo en el barco. Se separó de su padre sin que nadie lo viera y se dirigió al barco. Buscó por toda la cubierta, por la bodega, por todas partes. Después se acercó al camarote del rey y escuchó que ese lloriqueo estaba cada vez más cerca. Entró sin miedo, pues el rey estaba buscando a alguien en el pueblo. Miró por la hamaca, por el escritorio... Cuando se acercó al escritorio el lloriqueo estaba como a su lado. Se agachó y vio una pequeña puerta. La abrió y vio como en una pequeña camita hecha de madera con cojines y mantas en la que había una preciosa y pequeña niña. Se acercó a ella y le acarició la redonda carita. Ella le dedicó una bonita sonrisa. Jeremy se la devolvió al ver que además de ser preciosa tenía una agradable mirada. Él le mantuvo el gesto. La niña, de puro contento, estalló en carcajadas. Jeremy se enamoró de ella. Estuvieron un largo rato jugando. Jeremy le daba su mano y Bella la cogía fuerte. Jugaron hasta que oyeron un ruido. El rey giraba el pestillo de la puerta para entrar. Jeremy se escondió en la pequeña habitación junto a la niña.

—Espero que haya suficiente sitio para los dos.

Se escondió en un lugar que ni siquiera el rey podría encontrarlo. El rey entró y se entretuvo con sus papeles. Después se agachó y saludó a su querida hija:

—¿Cómo está mi niña?

Bella le dedicó una sonrisa, pero no tan bonita como la de los otros días. Echaba de menos algo o a alguien. El rey la cogió en brazos y la colmó de besos, para luego, darle la merienda. Bella se la tomó sin parar un segundo, pues estaba hambrienta. Jeremy vio la escena familiar desde su escondite. ¿Ésa era la hija del rey? ¿Por qué la había traído? Miles de preguntas rondaron por su cabeza. Después, el rey se fue de su camarote y se marchó. Jeremy aprovechó para irse con la intención de decirle a su padre lo que había visto. Salió de su escondite y corrió a la playa.

—¡¡¡PAPÁAAA!!!¡EN EL BARCO HAY UNA NIÑA!

Su padre le tapó la boca:

—No grites, hijo. Calla un poco.

—Es que en el barco he visto una niña.

—Vale, en el barco hay una niña. Tú ganas.—dijo siguiéndole la corriente.

Jeremy, sonriendo porque había convencido a su padre se fue a ayudar a reparar el barco.

Gente del pueblo salió de su casa para saludar a los nuevos visitantes. Todos tenían el pelo negro y los ojos achinados. Se acercaron a los tripulantes de la playa y dijeron, en un idioma extraño, que curarían al herido:

—*Self anorter, burts.(Lo curaremos, señores)*

Vinieron más aldeanos y, todos juntos, cogieron a Wilfred y se lo llevaron al mejor médico de esa isla. Los demás tripulantes fueron con ellos para ayudarlo. Mientras lo curaban y Wilfred reposaba, los aldeanos ofrecían a los tripulantes y al rey una riquísima comida.

—Borter shucks comes. Gedos hortuj kool. (Comed tranquilos. Debéis estar hambrientos.)

—Sí, las botas de escalar son muy cómodas.—contestó un tripulante llamado Hurd, quien había entendido mal.

Les ofrecieron pollo, patatas, filetes de vaca, frutas...

El rey notó que los aldeanos eran muy amables con ellos. Quizás demasiado...Decidieron quedarse allí hasta que el barco estuviese totalmente arreglado.

Todos lo pasaban genial allí. El rey iba engordando por la comida. Nunca se olvidaba de llevar una papilla elaborada con las frutas más dulces para su hija. Wilfred iba encontrándose mejor. Todos lo pasaban muy bien. Jeremy, siempre que podía, o sea siempre, iba a ver a Bella. Ésta iba creciendo. El padre de Jeremy se estaba volviendo loco con la historia de que había una niña en el barco. Los aldeanos talaban algunos árboles para arreglar el barco destrozado. Los tripulantes ayudaban. Cuando Bella cumplió un año, aprendió a caminar. Un día, su padre la estaba buscando por todo el camarote y los tripulantes casi la descubren porque estaba andando por la cubierta. El rey corrió hasta ella y se la llevó corriendo. Se llevó un susto de muerte. Al final, el rey no pudo mantener más el secreto de que se había llevado su hija. La cogió y se la llevó al pueblo, donde unas niñas se enamoraron de ella y la trataban como a una muñeca. La peinaban, la vestían, la maquillaban y, además, la cuidaban como si fuera su hermanita. El rey estaba más tranquilo. No tenía que correr para encontrar a su hija. No tenía que preocuparse de nada. A veces ayudaba a los aldeanos a reparar las partes dañadas del barco y otras veces descansaba en su hamaca del camarote. Las niñas enseñaron a Bella a bailar, a hablar, a cantar, a tocar instrumentos...Se convirtió en una chica fantástica. Un día la vistieron con un sombrero lleno de flores, un vestido de falda acampanada y zapatos de tacón altísimos. El rey se asustó al verla. Como estaba bebiendo una cerveza la escupió toda a la cara de uno que estaba a su lado.

Cada semana, en ese hermoso y tranquilo pueblo, se hacía un baile y todas las chicas, niñas y mujeres bailaban

mientras los hombres bebían y las admiraban. Cada una poseía una gran belleza y atracción. Las niñas animaban a Bella para que bailase, y ésta, pensando en que todos se quedarían alucinados al verla bailar, se ponía a bailotear por toda la plaza. Muchos se reían al ver con qué gracia bailaba la niña. Todos estaban orgullosos de Bella. Su padre el que más.

Los años pasaron y el barco estuvo arreglado. Los aldeanos dieron al rey y a los tripulantes comida y provisiones para el viaje. ¡Ah! Y agua. Barriles llenos de agua fresca. Todos los tripulantes estaban en el barco listos para irse. ¿Todos? No. Faltaba Bella. El rey Grommo la buscó por todas partes y por todo el barco. Las niñas trajeron a Bella hacia su padre quien se quedó impresionado por lo bella que la dejaron. Llevaba un vestido de mangas anchas blancas y la camisa ajustada con un cinturón verde esmeralda bien ceñido a la cintura. La falda le llegaba justo por debajo de las rodillas y era lila púrpura. Estaba preciosa. Para despedirse, las niñas le pusieron un corona de flores en la cabeza. ¡Ah! Y por si no lo he dicho, Bella ya tenía seis añitos. Pero, para que estuviese todavía más bella, la dejaron descalza. Bella aprendió a bailar, caminar y correr descalza. Bella abrazó a las niñas agradeciéndoles todo lo que habían hecho por ella. Las niñas se echaron a llorar. El rey cogió a su hija de la mano diciéndole que se iban. La niña miró a las jóvenes que la habían mimado como a una más de su familia y se alejó con su padre hasta llegar al barco.

El barco navegaba por alta mar sin contratiempos; sin obstáculos; sin nada de qué preocuparse. El rey Grommo reposaba en su camarote y miraba, cada dos por tres, las cartas náuticas y el mapa del tesoro. Los tripulantes descansaban y bebían y comían las provisiones que los aldeanos les dieron. Estaban contentos de ese viaje. Jeremy

y Bella salían a jugar a cubierta. Soñaban con ser guerreros que acababan con los piratas más terribles del universo: los piratas del mismísimo Barbanegra. Los dos se divertían y a veces luchaban contra ellos mismos.

—Soy el pirata Barbanegra y tú irás a las cloacas donde te pudrirás como los otros hombres que intentaron derrotarme.—interpretaba Jeremy.

—Por la justicia de todo el mundo...¡¡¡ATRÁS!!!—le derrotaba Bella. Y siempre, siempre, ganaba Bella. Tenía sangre de guerrera. Al menos jugando.

Todos los tripulantes les miraban cómo jugaban. Les hacía gracia. Y notaban que había algo entre ellos.

Un día toparon con un barco de mercancías australianas y el rey compró muchos objetos preciosos para que los tripulantes se divirtiesen un rato. Entre los mercaderes se destacaba una anciana con rostro pálido. Nunca hablaba con nadie. Sólo hablaba con quien de verdad le parecía que tenía que hablar. Al ver a Bella saltó del barco de mercancías al del rey y se acercó a la niña. Primero le tocó su cabello castaño y ondulado. Después se preocupó de lo que debía hacer:

—Toma, niña.—le dio una perla bastante bonita, y no una perla cualquiera, sino una perla negra.—Te ayudará en los momentos difíciles y además puede resultarte útil en cualquier cosa. Toma.

—Espere, buena mujer. Voy a pedirle a mi padre un poco de dinero.

Entonces la mujer se escandalizó y respondió sin más:

—¡No, no! Es un regalo. Un regalo precioso para una niña preciosa como tú.

Bella se lo agradeció:

—Gracias, de verdad.

Después, la anciana se fue sin decir palabra.

El barco surcaba el mar cada vez a más velocidad. El cielo empezaba a nublarse. El mar empezó a moverse. Se formaron olas tan grandes que el barco no podía con ellas. Intentaba seguir el rumbo pero era imposible, el mar lo llevaba como a niños en los pasillos de un instituto. El mar llevaba el barco hacia unos escollos bastante grandes y puntiagudos que se iban acercando. El timonel giraba el timón para que el barco virara pero era inútil. La fuerza del mar lo arrancó del timón y lo tiró al suelo.

—Es inútil, mi capitán. Vamos a la deriva.

El rey Grommo cogió el timón con toda su fuerza y lo giró:

—¡No lo permitiré!

Al principio pudieron pero después, el barco volvió a enfilar en dirección a los escollos. El capitán gritó a sus marineros:

—¡El barco chocará de frente! Poneos a popa.

Todos obedecieron sus órdenes si así salvarían sus vidas. Se dirigieron a popa y esperaron. Vieron cómo el barco chocaba de proa y se destruía toda la madera de proa. Después miraron que el barco entraba en los escollos. Todo el barco empezó a destruirse. Algunos marineros se lanzaron al mar para alejarse nadando a toda prisa hacia una playa que había cerca. El rey iba a tirarse pero se acordó de algo bastante importante:

—¡El mapa! Mi mapa de El Dorado. Tengo que cogerlo.

Bella fue hacia él e intentó detenerlo pero él se resistió. El rey entró en su camarote a toda prisa y buscó por entre

todos los papeles. ¿Por dónde habría puesto su querido mapa? Buscó por todo el escritorio hasta que un ruido escandaloso interrumpió su búsqueda. Se volvió y vio que las ventanas de su camarote estaban cubiertas de agua. Entonces, se rompieron de golpe y el agua invadió gran parte del el camarote. El rey reprimió un grito. El último. Bella intentó coger a su padre antes de que se ahogara pero él le dijo con toda sinceridad:

—Muchos hombres morirán aquí dentro, en el buque, y si no salen, el capitán siempre es el último en abandonar su barco. Sálvate antes de que se acabe el tiempo.

Bella cogió a su padre por la manga de la camisa pero, en ese momento, un marinero la cogió para ponerla a salvo. ¡Era el padre de Jeremy! Se lanzó al mar junto a ella y vio que el barco se hundía con unos marineros que se quedaron atascados en la madera y con su padre.

—¡Papáaaaa! Quiero a mi papáaaaa.

Estuvieron nadando un buen rato porque si no se nada mientras un buque se hunde la corriente lo arrastra todo. Una ola llevó al padre de Jeremy y a Bella a los escollos. Bella se dio contra uno de ellos y se desmayó. El padre de Jeremy la cogió por debajo de los hombros y nadó a toda prisa a la playa.

Bella se despertó como cualquier mañana. Abrió los ojos y vio que estaba rodeada por seis hombres y Jeremy. La miraban atentamente.

—Me siento observada.—fue lo único que dijo.—¿Qué ha pasado?

Los marineros se sentaron y le contaron lo que había sucedido; pues al darse contra la piedra debió de olvidar lo que ocurrió en ese instante.

—El barco chocó contra unos escollos y se hundió. Algunos marineros murieron ahogados en ese accidente y...

No pudieron terminar la frase porque Bella les interrumpió preguntándoles por su padre:

—¿Y mi padre? ¿Está bien?

Los marineros se miraron unos a otros pensando qué decirle. Al final le contestaron:

—Tu padre está en... el mar. ¡Eso es! Está en el mar nadando y se ha ido con otro barco de vacaciones. De aquí a unos días volverá.

—Qué bien.

Los días iban pasando y Bella siempre estaba en la orilla de la playa observando las olas y el oscuro y a la vez claro mar esperando ansiosamente la llegada de su queridísimo padre. Miraba tristemente el mar y las rocas que había en él. A veces paseaba por toda la playa y recogía conchas que se guardaba consigo como recuerdo. Estaba sola. Necesitaba a su padre. Una de las cosas que su padre jamás le contó era que tenía la madre más buena, quizás, del mundo. Pero como no lo sabía ella nunca decía nada de madres.

Mientras, los marineros que pudieron salvarse y Jeremy iban construyendo una cabaña con troncos de palmeras para vivir allí hasta que encontraran El Dorado y pudieran comprarse una de verdad. Pusieron una ventana con vista a la playa para vigilar a Bella. Ahora su nuevo padre sería el de Jeremy.

Bella se acordó de que su padre le habló de su abuela, una encantadora anciana que se fue a vivir cerca de una playa de Brasil. Fue a contárselo rápidamente al padre de Jeremy:

—¡Vamos! Tenemos que ir a por mi abuela. ¡Mi abuelaaaa!—dijo tirándole de la manga para llevarle hasta la puerta y entonces, irse.

Salieron de la casa y se adentraron en el frondoso paisaje selvático. Empezaron a oír voces humanas y las siguieron hasta que, éstas, los condujeron a un pequeño pueblo aislado de la costa. Vivían con agua de ríos y manantiales. El camino era bastante largo y el calor invadía cada centímetro de la aldea. Los marineros se habían llevado, en una pequeña cáscara de coco, un poco de agua de un río. Se

pararon delante del pueblo. Había pocas casas que eran viejas, algunas con partes derrumbadas. Las miraron todas y dieron una vuelta por la plaza. Había poca gente. Se fijaron y se preguntaron cuál podría ser la casa de la abuela de Bella. Miraron las casas. Había modernas, viejas, nuevas... No sabían cuál era. Se acercaron a un aldeano y se lo preguntaron:

—¿Dónde vive una tal Amelia Danes?

—Vivía allí.—contestó el aldeano señalando la casa más vieja.

—¿Cómo que vivía?—preguntó Bella acercándose al aldeano.

—¡Ja! ¿Es que no os habéis enterado? Murió esta mañana. Adiós.

Se giró y se fue. Los marineros, Jeremy y Bella se sintieron decepcionados. El padre de Jeremy les propuso:

—Volvamos a casa.

Y ellos también se fueron. Volvieron a su casa y se olvidaron de todo por completo. Pensaron en lo que harían al día siguiente. Irían al barco hundido o, al menos, lo que quedaba de él y rescatarían las cosas importantes.

Bella se despertó de un salto. Era luna llena. Se dirigió a la playa, haciendo el menor ruido posible, para observar la luna. Salió de la casa por completo con su vestido por pijama y se sentó en una roca cerca de la playa. Después, observó la luna llena. ¡Qué bonita y brillante era! Bella la miró con más atención y pensó que podría desahogarse de todos sus problemas.

—Mi abuela se ha muerto y mi padre, esfumado por completo. Ya no sé que hacer. Ayúdame, por favor.

La luna brilló un poco más y uno de los bolsillos del vestido de Bella brilló igual de fuerte. Abrió el bolsillo y allí guardaba la perla que la anciana le regaló. La cogió y la miró un largo rato. Era tan bonita. En un momento, le pareció que no era tan negra. Era como si una estela de luz plateada se hubiera refugiado dentro de ella y ahora brillaba como la luna. Miró la luna y parecía que le decía: “*La perlaaaa. Bella, la perlaaaa. Fíjate en la perlaaa.*”

Bella miró la perla y le dijo:

—No estés triste. Todos nos quedamos alguna vez sin familiares. Ahora, tienes uno nuevo y es muy simpático. Disfruta tus momentos de vida, amiga.

—¿Estoy loca o la perla me acaba de aconsejar como no lo haría nadie?—se preguntó a sí misma.

Miró de nuevo la perla y la estela de luz que brillaba dentro de ésta, había desaparecido. ¿Significaría algo? Miró la luna. Ésta estaba bajando, el Sol estaba a punto de llegar. Estaba amaneciendo. El día siguiente sería un nuevo día para Bella.

La luna bajó del todo y desapareció y, en su lugar, apareció el Sol saludando a todos los que se encontraban bajo él. En la cabaña de la playa, Jeremy se despertó y no vio a Bella por ninguna parte. ¡Había desaparecido! Empezó a despertar a todos los marineros para informarles de lo visto:

—¡¡¡LEVANTAOS TODOS!!!!¡¡¡BELLA HA DESAPARECIDO POR COMPLETO!!!!

—Jeremy, no despiertes a tu pobre y anciano padre.

Jeremy se acercó a su oído y le dijo:

—Primero, no eres anciano. Tienes 36 años. Segundo, hay que despertarse porque tenemos una emergencia porque tú mismo me dijiste: “Hijo, si hay alguna emergencia como lo que pasó con lo de tu madre y el cocodrilo, avisa a papá y lo solucionaremos todo.”

Y su padre no tuvo más remedio que levantarse y despedirse de su hermoso sueño sobre su mujer fallecida por culpa de un horrible yacaré de doce metros de largo. Todos se levantaron y buscaron por todos lados para encontrar a la princesita perdida. Buscaron debajo de las camas, en los armarios hechos de madera, en el patio (o sea, la selva)...No la encontraron por ningún lado. Después salieron afuera, a la playa, y allí la encontraron, tendida en la fresca arena tapada con una hoja de platanero. En ese momento se tranquilizaron. Cómo los había puesto Jeremy. Y volvieron a dentro a conciliar el sueño.

Cuando Bella se despertó se fue a nadar un rato. Aún tenía los ojos cerrados y un poco de agua fresca se los abriría del

todo. Se lanzó al agua y estuvo nadando durante mucho tiempo. En un momento, oyó unos gemidos. Se giró y vio una aleta gris que salía del agua. Bella la miró bien. Como nunca había visto un tiburón ni sabía lo que era eso, ¿cómo podía saber a qué inmundie ser pertenecía esa aleta? Notó cómo la cogía de su pierna y la hundía junto a él. Pero eso sí, no notaba ningún dolor. Cuando estuvo dentro del agua vio cómo muchos tiburones se le acercaban lentamente. Bella empezó a asustarse cuando vio susafiladísimos dientes. Vio como estaban rodeándola. Bella creyó que se la comerían. Pero no, en lugar de eso la rozaron como si quisieran mostrarle o decirle algo. Entonces fue cuando unos marineros se lanzaron al agua para rescatar a Bella y los tiburones se fueron.

Cogieron a Bella como se hace con un bebé y se la llevaron al padre de Jeremy para ver cómo estaba. Se sorprendieron al ver que no tenía ni siquiera un pequeño rasguño.

—¿Qué pasa?—preguntó sorprendida al ver que la miraban con tanta atención.

—Nada. No pasa nada.—respondió el padre de Jeremy.

Al día siguiente, todos se levantaron con la mayor fuerza como para ir a bucear y rescatar cosas importantes del barco. Bella se levantó en forma y se preparó para ir a bucear, de hecho, bucear le encantaba. Un día, su padre la llevó a nadar y se divirtieron mucho. Hubieran estado todo el día en el agua si no hubiera sido por unos tiburones que se acercaban. Con el vestido que tenía, se levantó la falda y se la ató en la cintura con una hoja dura de palmera utilizada como cinturón. Así le caía solamente una pequeña parte de la falda como si fuese una minifalda. Vinieron los demás marineros y se lanzaron al agua. Nadaron un buen rato, pues el barco hundido estaba bastante lejos. Nadaron junto a peces y serpientes marinas. Pensaron que, tal vez, podrían cenar pescado y cazaron algunos. Después, siguieron nadando. Cuando llegaron junto a los escollos donde había tenido lugar el hundimiento se encontraron el barco totalmente destrozado y hundido. Había trozos de madera esparcidos por la gruesa y blanda arena. También había cajas de provisiones por el suelo. Nadaron hasta el fondo de ese mar y apartaron algunos trozos de madera para ver lo que se escondía tras ellos. Encontraron un baúl lleno de ropa que les regalaron y un poco de comida que, secándose en una hoguera, aún estaría buena. Vieron que había un parte del barco que estaba completa; la cabina del capitán. Bella nadó hasta ella. Abrió la puerta y se derrumbó al suelo. Debía estar demasiado dañada y mojada. Por dentro nadaban algunos pececillos. Nadó hasta el escritorio y los papeles aún estaban en la mesa como si nadie los hubiera tocado, eso sí, estaban más que remojados. Los cogió todos por si acaso. Entre ellos vio una pequeña carta

aún sin abrir. ¿Debía ser algo importante? La cogió y se la guardó en la falda. Vio que en el escritorio había objetos valiosos como monedas de oro y menos valiosos como una brújula. Cogió las monedas y la brújula. ¿Quién sabe si algún día necesitaría esos objetos? En el barco había de todo menos los desaparecidos. Bella echaba de menos a su padre. Lo buscaba y lo rebuscaba pero nunca lo encontraba. ¿Estaría muerto? ¿Acaso los marineros y su amigo Jeremy le habrían mentido? Miles de preguntas aterrizaron en su cabeza pero se fueron al escuchar un pequeño aleteo que se acercaba hacia ellos. Bella nadó hasta la salida y todos vieron cómo cientos de tiburones se acercaban a ellos. Estaban perdidos. Un tiburón pescó a uno de los marineros por la pierna y se lo tragó en menos de dos minutos. La sangre se esparcía por todo como el aire. Después miró a los demás. Tenía más hambre. Bella se puso delante de los marineros y miró a los tiburones. Las bestias la miraron con miedo. Los marineros miraron aquella escena. ¿Debía significar algo? Después, los tiburones se fueron como elefantes asustados por ratones. Nadaron hasta la superficie, pues sus pulmones ya empezaban a estallar por falta de oxígeno. Al subir, dieron mil gracias a Bella.

Cuando llegaron a la casa de la playa reunieron todo lo que habían conseguido rescatar. Habían cogido comida, provisiones, ropa... Bella mostró la brújula y las monedas de oro a los marineros, quienes se quedaron sorprendidos y al mismo tiempo encantados de poder tener dinero para urgencias, si hacía. Eso sí, Bella no mostró ni los papeles ni la carta.

Por la noche hicieron una hoguera y secaron todo lo que habían conseguido. Después, pudieron comer la rica comida rescatada y los peces que habían pescados. Cuando terminaron, se fueron a dormir.

Cuando estuvo segura de que todos estaban roncando y durmiendo profundamente, Bella se acercó al fuego que aún quedaba y sacó los papeles. Los secó uno por uno. Cuando le llegó el turno a la carta, Bella sintió un poco de curiosidad y la abrió. Decía:

Querido pirata Colmillosdeplata,

Tengo que comunicarte que ya está todo listo para hacer la trampa. El plan de que el rey vaya a sudamérica está finalizado. Seguro que ya te han dado la orden de que cuando lleguen a los escollos que hay junto al mar tú y tus hombres forméis olas en el mar con el invento del Sr. Mackensy para que el barco del rey choque. Ya sabes que nuestro objetivo es el mapa de El Dorado. Consíguelo cuanto antes. Después, reúnete conmigo en la ciudad de oro.

Acken Sulf.

Bella se quedó de piedra. Al parecer lo de que el barco se hundiera fue todo un plan para robar. Querían el mapa para encontrar ellos el tesoro, y encima piratas. En ese instante Bella se puso más blanca, aún. El señor Acken Sulf era uno de los aldeanos tan simpáticos que los ayudaron. Era uno de los que siempre conversaba con su padre. ¡Ahora entendió por qué le preguntaba cosas tan íntimas! Bella se asustó. ¿No querían ayudarlos, los aldeanos? Desde luego las niñas que la enseñaron eran muy buenas. Y los demás también. ¿Sería un pirata haciéndose pasar por un aldeano, el que conversó con su padre? Pero, ¿por qué estaba aquella carta en el escritorio? ¿Cómo era que aún no estaba abierta?

Miles de preguntas pasaban por la cabecilla de la niña. Entonces se paró. ¿Hallaría el mapa entre los papelotes que ella cogió? Empezó a buscar y a rebuscar. Recordaba perfectamente que el mapa era un papel arrugado, roto por los bordes y amarillo por lo viejo que era. Pero por más que miraba una y otra vez no lo encontraba. Entonces se acordó del mal estado en que estaba la puerta de la cabina del capitán. Justo por rozarla ya se cayó. Eso quería decir que los piratas la habían forzado para entrar y robar el mapa. Entonces, ¿dónde estaría su padre? ¿Estaría vivo o muerto? No lo sabía. Lo único que sabía muy cierto era que no pararía hasta que encontrara a los piratas y los interrogara al respecto. Y los machacaría. Estaba segura.

Los años iban pasando y Bella cada día estaba más hermosa y más fuerte. Igual que su madre. Cuando cumplió los diez, todos le hicieron una gran fiesta. Bella iba olvidando el pasado y se concentraba en el presente. Hasta se olvidó de que era una princesa. Desde que se fueron a rescatar cosas del buque y salvaron un baúl lleno de ropa, Bella empezaba a vestir como un hombre; pantalones y camisa.

Algunos días, el padre de Jeremy y dos marineros más les hacían una clase de esgrima a su hijo y los marineros que quedaban para, si hacía falta, luchar contra piratas. Bella, mientras, se quedaba en un rincón observando los ágiles movimientos de los profesores y de su fiel amigo Jeremy.

Otros días, se iba a pasear por la playa. Miraba el oscuro y fresco mar y notaba como si le faltara alguien en su vida al que quería muchísimo. Pero no se acordaba. No conseguía acordarse. No lo lograba.

Un día se sentó a la sombra de una enorme palmera y observó la carta que encontró en el camarote del buque. Era lo único de que se acordaba. Leía y releía la carta mil veces. No se la mostraba a sus amigos por nada del mundo. Miró la carta. Se había vuelto un poco amarilla por el tiempo. En ese momento, un gracioso y travieso mono le arrancó la carta de las manos. Bella se dio cuenta y empezó a correr tras él:

—¡Eh, tú! Que eso es mío.

Pero por más que se quejaba el monito no dejaba de correr. Al final, se paró en otra palmera y esperó la llegada de Bella. La niña llegó exhausta de tanto correr y dijo a la bestia:

—Tú...uff...ya puedes entregarme la caja...uy...la carta.

El monito miró la carta y se la entregó a Bella. Ésta se quedó pasmada por la educación del animal.

—Así que quieres hacerme la pelota, ¿eh?

El monito la miró y abrazó la pierna de la niña. Bella sintió la fuerza con que le abrazaba la extremidad. Debía estar preocupado o asustado por algo. Después, soltó a la niña y se marchó. La niña miró cómo se iba. Le preocupaba su vida.

Bella paseaba constantemente por la playa y admiraba todas las hojas de los árboles frutales y exóticos. Aparte de tener hojas grandes y duras, sus frutas llenaban tanto que servían para el manjar de uno o dos días enteros. Un día, la niña vio unas cuantas hojas caídas y un poco blandas y se fabricó un vestido con ellas junto con unas telas viejas que encontró en el baúl. Lo “cosió” con hojas finas y delgadas de un árbol pequeño que encontró cerca de su casa. El vestido que se elaboró parecía un vestido playero, moderno y estrecho, con pequeños pantalones debajo. Con esa prenda, nadaba muy a menudo y buscaba conchas y caracolas bonitas para su padre. Ese día, en cuanto salió de su casa, se puso el vestido, se lanzó al mar y empezó a nadar para refrescarse. Nadaba, nadaba y nadaba. No sabía qué hacer. Además, nadar le iba bien para pensar.

En ese momento, un delfín se acercó a ella y le dijo unas cosas en su idioma. Pero no hacía más que silbar. Bella no entendió nada.

—¿Quieres decirme algo, bonito?

El delfín le puso su aleta bajo el brazo, en señal de que quería acompañarla a algún sitio, y Bella se agarró fuerte de su aleta. El delfín empezó a nadar con todas sus fuerzas por el mar y Bella tuvo que aguantar un rato la respiración. El delfín nadaba a toda velocidad. Pero se paró y miró a Bella de arriba abajo. ¿Le faltaría algo? El delfín se acercó a un bolsillo que tenía en el vestido y sacó la perla negra. La cogió con la boca, pues no tenía manos, y se la dio a Bella. Ésta miró la perla y ponía: “Méteme en tu boca”. A Bella le dio asco pero hizo caso. Se metió la perla en la boca, sin

tragársela, y esperó. En ese momento notó que podía respirar bajo el agua. Intentó respirar agua y no le hizo nada malo. ¡Podía respirar bajo el mar! El delfín la cogió otra vez y la llevó adonde él quería pero por dentro del mar. Bella observó los peces y las mantas. Qué criaturas tan bonitas se escondían bajo el mar. El delfín la cogió y le obligó a que se cogiera de su aleta, otra vez, porque iba a nadar muy rápido. Bella la cogió y esperó. El delfín empezó a nadar más rápido que antes.

En menos de diez minutos llegaron al puerto de una gran isla. Bella sacó la cabeza del agua para respirar y, de paso, quitarse la asquerosa perla de la boca. Observó el puerto. Estaba lleno de gente. Casi ni cabían. ¿Por qué el delfín le había llevado a tan estrecho lugar? Entonces se fijó en un cartel colgado en una columna. Era un retrato de ella cuando tenía seis años. ¿Cómo podrían saber cómo era? Bella salió del agua y se acercó lentamente al cartel. Algunos marineros se fijaron en su belleza. Otros, seguían haciendo lo suyo. Bella se acercó al cartel y lo miró más bien. En efecto era ella. No había ninguna duda. Pero se fijó que abajo ponía:

10.000 \$ a quien encuentre la princesa desaparecida.

Ahora Bella entendió por qué el delfín la llevó a tan horrendo lugar. Ella vivía allí y alguien que la conoció le hizo un retrato y lo trajo a esta isla porque alguien la estaba buscando desesperadamente. ¿Quién sería? Bella no lo sabía. Lo único que sabía era que muchos marineros y mujeres se acercaban a ella. ¿La habían descubierto?

Empezaron a decir una serie de tonterías:

—Niña, si vienes conmigo te daré un caramelo.

—Yo una chuche.

—Yo te doy un juguete.

Bella empezó a ilusionarse con toda esa clase de tesoros que le darían. Pero miró al delfín. Le gritaba como si estuviera en peligro. Entonces, los marineros se abalanzaron sobre ella:

—¡A por ella!

Bella saltó al agua y se esfumó junto a su amigo delfín. No había ninguna duda de que en ese país la querían viva.

Bella regresó a la playa junto a su delfín y se encerró en su casa por miedo a que la siguieran.

Durante unos días no salió de su casa. Algunos marineros se preguntaban por qué Bella no salía del hogar. Algunos pensaban que estaba enferma, otros que alguien la quería matar...

Pero Bella tenía miedo de que de su país la vinieran a buscar.

Tres años más tarde, Bella cumplió los trece. Guardaba un gran tesoro en su corazón, ése era la amistad que tenía con todos. Nadie se lo podía creer pero Bella tenía algo que hacía que ninguna fiera ni monstruosidad marítima pudiese hacerle daño. Se llevaba muy bien con los animales de aquella isla y también con los del mar.

Un día, cuando los marineros y Jeremy practicaban para luchar Bella quiso apuntarse:

—¿Puedo jugar yo también?

Todos se echaron a reír, sobretodo Jeremy. Estaban seguros de que una chica no estaba hecha para luchar.

—Por favor, una chica no tiene las habilidades necesarias para luchar. Una chica está hecha para limpiar.

A Bella no le gustó lo que oyó. Está bien que una mujer no esté hecha para luchar, pero es que ella estaba todo el día aburriéndose por la playa.

—Pero como nos caes muy bien te dejaremos. Pero si pierdes recuerda que te avisamos.

—Muy bien.—dijo Bella riendo por dentro.

Cogió una espada que había tirada en una esquina y se acercó a los demás. El padre de Jeremy se acercó a ella y empezó a explicarle:

—Primero empezaremos con unos golpes bajos con cuidado...

No pudo terminar su frase porque Bella le dio en toda la cara. El profesor cayó al suelo y puso cara de sorprendido al ver lo que hacía aquella chiquilla.

Después, la niña se acercó a los demás y empezó a luchar como lo hacía su madre. La reina Isabella fue la única mujer en el mundo que luchó más bien que todos los hombres. Y ahora Bella había heredado su valentía y fuerza. Derrotó a cuatro y se giró:

—¿A quién le toca?!

Los marineros que antes querían luchar contra ella y reírse y burlarse se echaron hacia para atrás escondiéndose.

Después, Bella se acercó al profesor y le acercó la espada muy cerca del cuello.

—¿Sigues creyendo que una chica no tiene las habilidades necesarias, hombretón?

El profesor la miró y apartó la vista. Bella se sintió muy contenta y se fue. Pero antes tiró la espada hacia atrás sin mirar y ésta aterrizó en un pequeño tronco que servía para dejar las espadas. Todos aplaudieron a la niña. Ésta hizo unas reverencias y se fue.

A partir de entonces Bella fue una más en aquellas clases, pero no una de tercera clase y eso, no. La consideraron la mejor.

Era luna llena. En la casa reinaba un silencio absoluto. Al menos hasta ahora. Bella se despertó. Había recordado algo o había pensado en algo. No se sabe. Se levantó de la cama y se vistió con su ropa de hombre y salió. Había oído algo.

Afuera también reinaría un silencio absoluto si no fuera por las olas del mar. Bella se acercó a las palmeras. De ahí no procedía el ruido. Después se metió en el mar hasta que el agua le llegó a las rodillas. Empezó a mirar por todas partes. Tampoco provenía del mar. Porque del mar sólo procedían las olas. Después se adentró en la selva para investigar un poco. Vio que algo se movía en un matorral. Se acercó y vio que un gracioso monito salió en busca de su madre. Bella rió. El mono era gracioso. Pero en el momento menos esperado cientos de piratas salieron de los arbustos y de detrás de los árboles y se apoderaron de Bella. El capitán la cogió para que no se escapara y le puso su pistola en la cabeza.

—Queremos la perla negra. O si no, morirás aquí mismo y ahora.

Bella sintió mucho miedo dentro de ella. Si tuviera una espada ya les hubiera zurrado. Pero estaba bien cogida por el capitán y con una pistola en la cabeza. Tenía que actuar.

—¡iiiNunca!!!...Creo.—fue lo único que se atrevió a decir.—
¿Pero por qué queréis esa tal perla de no sé qué color habéis dicho?

—¡He dicho que quiero la perla negra ahora mismo! Dánosla y no te pasará nada. Y no hace falta que te hagas la tonta. Sabemos que la tienes tú, Bella.—la amenazó.

Bella se quedó sin aliento. ¿Cómo podía saber su nombre? La niña estaba asustada. ¿Tenía que entregarles la perla o tenía que mentir para que se fueran? Pero, aunque mintiera, se notaba que eran tipos duros y seguramente la torturarían terriblemente con tal de sacarle la verdad.

Pero lo peor era que no sabía qué tipo de capitán le estaba cogiendo. Giró su cabeza así como pudo y lo miró bien.

Sus ojos marrones eran como espejos que mostraban la furia que tenía dentro. Tenía cicatrices por toda la cara. Y el pelo sucio. Pero se lo tapaba con el sombrero. Llevaba puesta una casaca azul que le llegaba hasta las rodillas. Y unos pantalones que tendrían que ser blancos como la nieve pero tenían: rasgos, cortes y suciedad. Mucha suciedad. Para taparse una parte de la suciedad, el pirata se puso unas botas marrones pero estaban, también, sucias de algo muy asqueroso. Al lado de la cintura llevaba colgada una espada un poco mellada por el filo, pero se notaba que era recia.

Entonces, Bella casi se desmaya. Porque ese pirata era el terrible Colmillosdeplata, el pirata más temido de todos los tiempos.

—Tú...tú. Eres el pirata Colmillos de plata. ¿Ve-verdad?

Entonces el capitán se puso más contento:

—¡Al fin alguien me ha presentado! ¡¿Bueno, nos das la perla o no?!

Bella le gritó:

—¡No!

Bella le pegó una patada tan fuerte en la pierna que la soltó. La niña, en cuanto tuvo la oportunidad, arrancó a correr tan

rápido como pudo. Los piratas iban a perseguirla pero el capitán los detuvo:

—No, dejadla.—y entonces le gritó a Bella.—Te doy hasta mañana para que me entregues la perla. Y no te preocupes, sabemos dónde vives.

Bella corrió lo más rápido que pudo y se refugió en su casa. Qué raro, aún todos estaban dormidos.

Bella abrió los ojos. Un rayo de sol se los abrió del todo. Intentó levantarse pero no podía ni moverse. Miró a todos lados. Vio que sus piernas estaban atadas igual que sus manos. Lo peor era que tenía las manos atadas a la espalda. Pero eso no era lo único peor. Vio que sus amigos y Jeremy también estaban atados. Se despertaron y se preguntaron qué hacían atados.

Entonces llegaron los piratas. El capitán le advirtió a Bella:

—Te lo advertí. Te daba un día para que me dieras la perla. Pero como no has querido, te la cogeré yo mismo.

Bella sonrió a sus amigos en señal de tranquilidad y se dirigió al capitán:

—¿Y por qué quieres mi perla?

El capitán no pensó ni un minuto:

—¿Que por qué quiero...? Niña, llevo años buscando El Dorado y no voy a permitir que una pandilla de náufragos se entrometa en mis asuntos. La ciudad de oro es mía.

Bella le mintió para saber la verdad:

—Pero yo tengo el mapa. La ciudad de oro no se puede encontrar sin un mapa. Y ese mapa lo tenía mi padre.

El pirata sacó un papelucho de su alforja y se lo mostró a la niña:

—¿Te refieres a este mapa que tengo yo?

Bella volvió a preguntar:

—¿Y qué tiene que ver la perla con El Dorado?

—La perla tiene mucho poder y guía a todos hasta El Dorado. A veces, los mapas pueden engañar.—respondió un pirata en vez del capitán a quien le dolía la garganta de tanto hablar.

Bella metió la mano en su bolsillo y sacó la perla. Abrió la mano y la miró bien. No pasaron ni dos segundos cuando la perla saltó de su mano y empezó a voletear por ahí. El capitán se dio cuenta de que la perla les estaba diciendo que la siguiesen.

—¡Vamos!—ordenó el capitán.—¡Coged a los prisioneros!

Los piratas cogieron a todos los marineros y se los llevaron. Un pirata que parecía muy temible y daba miedo por dos cortes que tenía en las mejillas, se acercó a la niña para llevarla él pero el capitán se lo negó:

—No, Igunttas. De la niña me encargo yo.

El capitán la cogió y se la llevó.

Todos los piratas y marineros cruzaron la selva y seguían a su querido capitán, quien revisaba “su” mapa cada dos por tres para que no se perdieran. Llegaron al centro de la selva y allí esperaban unos caballos para los piratas. Todos los piratas subieron a sus caballos. El capitán ordenó:

—Todos vosotros, los marineros. Iréis a pie. Y vosotros, piratas, desatadles las ataduras de los pies. Cada uno llevará un saco de oro hasta nuestra caverna.

Bella se fue con su padre, el de Jeremy, y se le cayeron unas cuantas lágrimas de sus ojos. Se sentía culpable. Uno de los piratas se acercó con un látigo para hacer caminar a los

marineros. El pirata se acercó a Bella e hizo chocar el látigo contra el suelo.

—¡Venga, en marcha!

El capitán le puso la mano en el hombro:

—No, la niña vendrá junto a mí.

Bella sintió miedo. Creía que el capitán Colmillosdeplata era demasiado bueno con ella. El capitán corrió hacia ella y se la llevó. La subió a su caballo y todos se pusieron en marcha.

No llevaban ni dos horas de marcha cuando llegaron a la entrada de una extraña cueva. Bella vio que su perla ya se había parado y la cogió metiéndosela en el bolsillo. Los marineros y el padre de Jeremy soltaron los sacos de oro para dejarlos en la cueva. Su hijo se desplomó al suelo delirando. Estaba más que cansado. Bella corrió hacia él.

—¡Jeremy! ¡Jeremy! ¡Despierta!

Le puso su suave mano en la frente. Estaba ardiendo.

—Me temo que tiene fiebre.—se lamentó Bella.

Los piratas separaron a los niños:

—Niña, no toques al prisionero.

—¡Pero es que está enfermo!—luchó Bella.

El capitán se acercó a sus tripulantes:

—Te hacemos una propuesta, princesita. Hacemos lo que tú quieras...—empezó el capitán mostrando la furia de sus ojos —si nos llevas hasta el tesoro.

Bella iba a negarse. No quería tener tratos con contrabandistas. Pero miró a Jeremy tirado en el suelo como un saco de patatas. El pobre ya había abierto un poco

los ojos y giraba la cabeza de un lado para otro para que Bella no lo hiciese. Después miró a los marineros, quienes la observaban negando con la cabeza también intentando que no hiciera ese trato.

—Mi padre no me dejaría hacer esto—dijo Bella mirando de reojo al padre de Jeremy—pero lo haré por mis amigos.

El pirata sonrió maliciosamente. Ya lo había conseguido.

Los piratas dejaron el oro que habían robado en su cueva y también a los marineros y a Jeremy. Bella se acercó a él para despedirse y acercó sus labios a los suyos. Entonces, un horripilante y grosero pirata paró esa romántica escena y cogió a Bella del brazo y dijo:

—La niña viene con nosotros.

—¡Ah, soltadme!—gritaba Bella intentando resistirse.

El pirata la cogía con fuerza pero no podría mantenerla agarrada por mucho tiempo porque Bella era muy buena en esgrima y en defensa personal. El pirata ya estaba cogiendo un cuchillo en cuanto Jeremy intervino:

—¡Eh, usted! ¡Suéltela!

El pirata soltó a Bella tirándola al suelo y miró al valiente:

—Vaya, vaya. El principito ha venido a salvar a su doncella, ¿eh?

Jeremy miró al pirata con una mirada asesina y se agachó para ayudar a Bella a levantarse. Después, el pirata empujó al muchacho y lo tiró al suelo.

—Y como dije—dijo mientras cogía a Bella retorciéndole el brazo—la princesita se viene con nosotros.

Los demás piratas ataron a los marineros y a Jeremy y los dejaron en la cueva, para que no se escaparan.

Los piratas ataron las manos de Bella a la espalda y se la llevaron.

Llevaban dos días en marcha. No tenían agua, no tenían comida, no tenían nada. Intentaron parar para beber o cazar algo pero no pudieron. Debían seguir. Eso es lo malo de ser pirata. Se prefiere el oro antes que nada. Entonces fue cuando pararon. Estaban delante de la entrada de una selva. Pero parecía siniestra. ¿Debían entrar o no? Pero el capitán pensó en el tesoro así que siguió. Todos entraron en la selva.

Al principio parecía normal y silenciosa. Pero después es cuando empezaron los ruidos raros y las sospechas. Bella empezó a tener miedo. Oyó un extraño ruido y se giró. Qué raro. Había notado que unas ramas se movían y se acercaban sigilosamente hacia donde se encontraban ellos. Pero siguieron adelante. Después, mucho después, una rama salió disparada hacia donde se encontraba el capitán y le desenvainó la espada que tenía. El capitán se giró y vio que la rama estaba dispuesta a asesinar a quien se le ocurriera atravesar aquella selva porque aquella no era una selva normal y corriente, sino que era una selva que estaba encantada. Todos los árboles y plantas vivían y ellos también tenían derecho a actuar.

Otra rama cogió un puñal y se lo clavó en el hombro a uno de los hombres; éste gritó de dolor pero cogió una espada y cortó la rama junto con otras. El árbol se movió bruscamente. El corte le había dolido mucho.

Y después pasó lo que pasó. Hubo una batalla sangrienta de piratas contra plantas. Bella estaba quieta en su sitio. No decía ni una palabra. Después de unos minutos las ramas del árbol que tenía al lado se abalanzaron sobre ella.

—¡Aaaah!—gritó.

Pero le pareció que el árbol no quería dañarla. En cambio estaba dispuesto a sacarla de allí para llevarla a su destino, la ciudad de oro. Pero un pirata se dio cuenta de que el árbol se la llevaba y corrió a atacar al árbol. Le cortó gran cantidad de ramas y éste, al sentir el dolor, perdió el control, sacudió algunas de sus ramas y Bella salió catapultada.

—¡A por ella!—gritó el capitán.

El capitán y sus hombres corrieron con los caballos hacia donde había sido expulsada sin hacer el menor caso a todos los hombres que habían caído.

Bella abrió los ojos. Se encontraba tendida de espaldas en el suelo de una gran ciudad hecha de piedra. La ciudad se encontraba en ruinas. Era su único defecto. Pero, por todo lo demás, parecía muy antigua y bonita. Bella intentó levantarse pero no pudo, estaba muy dolorida. Entonces oyó unos caballos. Los piratas la habían encontrado.

Los terribles asesinos se acercaron a toda velocidad hacia la ciudad. El capitán dijo susurrando:

—Éste es un antiguo templo de los viejos mayas. El Dorado no tiene que estar muy lejos.

Cuando llegaron donde se encontraba la pobre niña, ordenaron cogerla de inmediato y llevársela consigo a la ciudad de oro.

El capitán revisó “su” viejo mapa. Algo no encajaba del todo bien. Al parecer El Dorado se encontraba donde ellos estaban situados pero no veían ni rastro del oro.

—A ver si los que han hecho este estúpido mapa nos han engañado y la ciudad de oro se encuentra en otra parte.— dijo enojadamente.

Siguieron la marcha. Llegaron al final del templo. No sabían qué hacer. Bella caminó por todas partes y, en un pequeño porche, encontró un viejo baúl. Primero pensó que de quien quiera que fuese ese bonito baúl no querría que nadie husmeara sus cosas. Pero después la curiosidad no pudo retenerla y se dijo a sí misma:

—Además, aquí no hay nadie que me pueda parar.

Lo abrió y su interior estaba destruído por el tiempo. No había ni oro, ni plata ni ningún objeto valioso. Sólo había una vieja carta que decía:

A quienes han encontrado esta ciudad,

Soy el rey de esta ciudad y sé que ha habido muchos rumores de que esta ciudad es de oro. Pues os equivocáis. Esta ciudad no ha sido ni será de oro. Porque si lo hubiera sido ya no habría ni rastro del oro.

Primero quiero contaros que yo siempre he sido un ambicioso. Siempre lo he querido todo para mí. Siempre subía los impuestos a mis súbditos, les quitaba el agua, sus posesiones más valiosas. Así que un día pensé construirme una ciudad de oro para mí solo. Árboles de oro con esmeraldas como frutos, casas de oro... y, sobretodo, un templo enorme de oro. Pensé que viviría solo allí. Pensé en el dinero, la fortuna... pero no pensé en lo que me iba a pasar.

Al final llegué a construirme la bonita ciudad pero alguno de mis súbditos rezó a los antiguos dioses y ellos me castigaron por todo lo que hice; primero me destruyeron la preciosa y luminosa ciudad y después me sacrificaron a su volcán más famoso llevándome así a mi muerte. Espero que tú no sigas mi camino y no seas como fui yo. Si quieres ayudarme en una de las casas encontrarás una vieja sala con unos pocos de mis tesoros. Cógelos todos y dáselos a la gente pobre. Ellos los necesitan más que yo.

Carta escrita por el fantasma del rey Sabar.

Bella no sabía lo que estaba diciendo ese rey. ¿Dar unas de las mejores riquezas a la gente pobre? Bella sí que quería

dárselo todo a los pobres, pero los piratas lo impedirían.
Debía actuar en silencio.

Bella buscó uno de los templos más antiguos de la ciudad. Buscó por todos lados. Pero sus esfuerzos no valieron para nada. Entonces se giró y un rayo luminoso la cegó durante un rato. Tuvo que ponerse la mano en la cara porque si no se queda ciega. Se acercó a la puerta de la casa de donde le llegaba tanto resplandor y la abrió. Tuvo que abrir los ojos muchas veces porque, delante vio como si fuese un país hecho todo de oro. Sillas de oro, mesas de oro, monedas, jarrones, cuadros...todo de oro. Todo aquello era muy bonito pero... ¿pretendía el rey que se llevara todo eso de escondidas al país de los pobres? Tardaría más de cien años. O más. ¿Y encima decía que todo eso era unos pocos de sus tesoros? Pues, si para él eso era poco, no quería ver lo demás.

Sin querer se le cayó su perla del bolsillo. Ésta, como si tuviera vida propia, se deslizó hasta los tesoros y se los tragó todos. Bella pensó que la perla era una ladrona y se puso a gritar como una loca. Supongo que ese grito se oyó seguro desde América del Norte. Los piratas se extrañaron al escuchar semejante grito y se acercaron a ver qué le pasaba a la niña. Los piratas cuando entraron a la casa no se alborotaron porque ya no había riqueza alguna.

—A ver, ¿qué te ocurre?

—Nada—respondió la niña poniendo una de sus sonrisas de las que se tendrían que malfiar. Después, Bella cogió su perla.

Los piratas cogieron a Bella y se la llevaron. El capitán Colmillosdeplata gritó furioso:

—Aquí no hay tesoros ni los habrá nunca.

El capitán se enfadó tanto que perdió el control y empezó a destruir todas y cada una de las piedras que formaban la ciudad. El capitán empezó a tirar todas las casas y columnas. Todo estaba destruido. Todo excepto el templo del rey Sabar. El capitán lo observó durante unos minutos con una horrible mueca en su cara. Algunos de sus hombres intentaron de todo para pararlo:

—Señor, si destruye ese templo, que es enorme, podría caerse encima de usted y podría dañarle.

Pero al capitán le dio igual:

—Me importa un comino. ¡Lo único que me importa es que me han engañado y ahora me las pagarán!

Cogió su espada y fue pegando al templo una y otra vez. Pero éste no se movía por nada del mundo. Después cogió una de las piedras que habían formado parte de las casas y se la tiró al templo. Éste empezó a moverse. A medida que el capitán tiraba más y más piedras y con más fuerza, el templo empezó a tambalearse y al final cayeron unas cuantas piedras de encima. El capitán no se dio cuenta y siguió. Después, una de las piedras más grandes cayó encima de la pierna del capitán y éste soltó un horrible gemido de dolor. Después, sus hombres fueron hasta él para ayudarlo y no se dieron ni cuenta de que el templo se estaba derrumbando. El capitán vio que todo el templo entero se caía encima de ellos y gritó desesperadamente.

La escena pasó muy rápido. Bella consiguió salvarse y estaba a dos metros de la ciudad derrumbada. Toda la ciudad entera acabó con los piratas que tanto la atormentaban a ella y a sus amigos. Cuando notó que todo el peligro había terminado se acercó para ver lo que había

pasado. Todas las casas estaban hechas añicos. Las columnas se habían roto y estaban esparcidas por el suelo. Y llegó a la parte más escalofriante: el templo. Todo entero se había derrumbado y había matado a los piratas. Caminó para verlo mejor y, en una de las piedras más grandes que habían caído, vio un brazo entero que entresalía. Bella se agachó y vio un poco de sangre por debajo de la piedra. El hombro estaba todo aplastado junto con el cuerpo. Pobres piratas. Bella sintió que ya estaba libre y se fue a la caverna de los piratas.

Bella corrió hacia la caverna. Intentó evitar la selva encantada para que no le pasara lo mismo que a los piratas y siguió por otro camino.

Cuando llegó a la caverna entró con lágrimas en los ojos en señal de que echaba mucho de menos a sus amigos. Cuando entró, Jeremy fue a su encuentro. Bella lo vio y se echó a llorar en sus brazos. Los dos mejores amigos se abrazaron el uno al otro con muchísima fuerza. Después Bella y Jeremy cogieron un puñal o espada y fueron a cortar las ataduras de sus amigos. Su padre le preguntó:

—Querida, ¿qué ha pasado?

Bella se secó las lágrimas de sus ojos con la manga de su vestido y le contestó:

—Es una larguísima historia que después os contaré.

Jeremy corrió a abrazar de nuevo a su amiga y le preguntó qué les había pasado a los piratas y la niña contestó:

—Han muerto.

De pronto un marinero se acercó a la niña y le preguntó escandalizado cogiéndole el brazo:

—Pero niña, ¿qué te has hecho?

Todos le cogieron el brazo y vieron una herida de la que salía un hilo de sangre. Bella no lo dijo pero en la ciudad se hizo un corte rozando una piedra puntiaguda.

Bella observó con atención todo el tesoro que guardaban los piratas y se acercó. Había de todo. Después animó a sus amigos y les dijo:

—¡Venga! ¿A qué estáis esperando? ¡coged todo lo que queráis con tal de complacer vuestras almas!

Los marineros se quedaron unos segundos inmóviles. Después, corrieron a coger todo tipo de tesoros y a metérselos en los bolsillos o alforjas. Bella miró todo lo que los piratas guardaban. A ella no le gustaba el oro. No le gustaba tener muchas riquezas. No quería ser ambiciosa y se paró al ver una caja de piel de animal polvorienta y cerrada. Fue lo único que cogió. Después, se giró y vio cómo sus amigos actuaban con gran amabilidad:

—Este oro te lo puedes quedar tú. Lo necesitas más que yo.—dijo uno a otro.

—¡No, tranquilo! Yo ya tengo.—le contestó el otro.

Bella jamás había visto escena más bonita en ningún sitio. Entonces, todos se pusieron en marcha hacia la casa de la playa.

Por el camino, Bella les contó a sus amigos todo lo ocurrido; lo de la ciudad de piedra, la carta, el templo, la muerte de los piratas. Al escuchar que no existía la ciudad de oro, tuvieron una gran decepción pero no se lo tomaron mal. Tenían una gran cantidad de oro que los ayudaría a vivir.

Bella por el camino se miró la herida. Le dolía un poco. Pero la dejó estar. Una guerrera había nacido para luchar, y nadie lucha sin sufrir algún daño. Cogió la perla y la miró bien. ¿Cómo podría haberse tragado tanto oro? Menuda glotona. Después, la perla empezó a brillar tanto como la última vez que brilló. Bella se miró el brazo y ya no tenía ni un solo

rasguño de la herida. Le había desaparecido. Bella sonrió. Esa perla tenía poderes curativos.

Después, Jeremy se puso a su lado y le sonrió. Bella le devolvió la sonrisa. Era verdad lo que decían los marineros. Entre Bella y Jeremy se escondía una pequeña llama diminuta. Pero ella aún no lo sabía.

Los años iban pasando y Bella cumplió los dieciséis. No olvidó por nada del mundo lo de los piratas ni lo del tesoro. Una noche, Bella salió en luna llena y miró el mar. Cogió su apreciada perla y se la puso en el corazón y deseó:

—Quiero que todo el oro que te tragaste se vaya al país de los pobres y que éstos puedan cambiar su amargada vida por la de un rey.

Y la perla empezó a brillar. Bella creyó que su deseo se había cumplido.

A partir de entonces, Bella y Jeremy empezaron a pasear juntos por la playa cogidos de la mano. Mientras, los marineros los observaban por la ventana de la casa y decían:

—Ay, el amor está por todas partes.

Bella se lo pasaba genial en aquel sitio. Es más, le encantaba haber hecho aquel viaje.

Un día que todos estaban practicando clases de esgrima en la playa, un navío enorme surcaba las olas del mar. Todos lo miraron sorprendidos porque normalmente no pasaba ningún velero (y menos navíos) por esa zona. Pero pensaron que se iba y lo dejaron estar. Pero eso no era lo que el navío tenía previsto y atracó junto a los escollos. Un bote con personas navegó hasta la playa. Los marineros reconocieron el navío. Era de España. ¿Qué venía a hacer?

Fuera lo que fuese, ordenaron a Jeremy y a Bella que se escondieran en la casa por si no venían en son de paz.

Del navío salieron cinco hombres: un capitán con una casaca llena de medallas y cuatro soldados con una escopeta encima del hombro. Bajaron con gracia y se dirigieron a los marineros. El capitán se presentó:

—Buenas. Soy el capitán Sñeider y hemos venido a llevarnos a la princesa Bella.

Los marineros quisieron saber por qué y mintieron:

—¿Qué Bella? Aquí no hay ninguna Bella.

El capitán se dio cuenta y dijo:

—Por favor. No se haga el inocente. Ahora que sus padres han muerto debe regresar a España a cumplir su deber como princesa. Su tía la espera.

Los marineros no querían que Bella se fuese y les obligaron a la fuerza a que regresaran y que les dejaran en paz. El capitán y los soldados regresaron al navío y, cuando subieron, les gritó desde el buque:

—Muy bien. Seguid jugando. Porque la próxima vez nos la llevaremos a la fuerza.

Los marineros los dejaron y se fueron a su casa. Cuando entraron, Bella tuvo curiosidad:

—¿A qué han venido? ¿Quieren vendernos algo?

—No.—respondió su padre.

—Ah.

Los marineros estaban en la casa observando cómo Bella jugaba en el mar con el monito y el delfín. Estaban orgullosos de ella pero, al mismo tiempo, también preocupados. No sabían si contarle la verdad de que era

princesa y después hacer que se fuera a su reino verdadero o no contarle nada y mantenerla con ellos para siempre.

Bella jugaba con el delfín a lanzarle un coco como pelota. El delfín nadaba hasta donde se encontraba y se lo devolvía. Y el monito le guiaba a su manera hasta que el delfín le lanzó el coco a su cabeza. Fue cuando se enfadó. Y Bella no se enfadaba ni decía nada. Ella reía y ponía unas de sus mejores sonrisas. Después Bella se lanzó al agua y empezó a nadar con el delfín. Después, salió y empezó a correr y a retar al monito. Todos jugaban y se lo pasaban genial.

—Creo que ya no podemos mentirle.—dijo al fin su padre.— Debemos respetar su destino y dejar que se vaya.

Jeremy se entristeció al oír eso. Había cuidado mucho de su amiga y ahora no quería que se fuera. La quería con toda su alma. Pero si lo decía su padre, él tenía que obedecer.

Una noche, el padre de Jeremy se sentó junto a Bella y empezó a contarle cosas de su pasado:

—¿Sabes? Tu madre era una gran guerrera. Y tú has salido a ella.

—¿Conociste a mi madre?—preguntó Bella mirando a su padre.

—¡Pues claro! Mira, no quiero mentirte. Tu madre era una reina y tú eres una princesa. Hace unos años, tu padre se ahogó en un accidente. Tu madre murió pariéndote. Y de aquí a unos días vendrá un equipo que te llevará de vuelta a tu mundo para que cumplas tu deber como princesa.

—Pero, padre...—intentó decir Bella.

—No soy tu padre. Soy el padre de Jeremy.—dijo con gran seriedad.—Pero eso sí. Te quiero como a una hija.

Dicho esto, se levantó y se fue a dormir. Bella se quedó observando las estrellas tratando de imaginar a su madre. Pero no podía. No sabía nada de la historia que le había contado el padre de Jeremy.

A los pocos días llegó un velero mucho mayor que el que vino la última vez. Por la borda se asomaban miles de soldados armados. Estaban dispuestos a luchar por la princesa. Bajaron y la tía de Bella en persona salió a por ella. La acompañaban unas damas de compañía que acompañarían a la princesa a su castillo. Los marineros salieron a recibirlas. Vieron que por el barco muchos soldados los apuntaban con sus pistolas.

—¿Qué es lo que queréis esta vez?—preguntó el padre de Jeremy.

El capitán se puso delante de él y le gritó:

—¡Le prometí que si no nos la daba nos la llevaríamos a la fuerza!

Jeremy supo lo que era y se puso a defender a Bella, que estaba en la casa sin enterarse de nada.

—¡No os la llevaréis! ¡Estamos dispuestos a luchar!

Su padre se acercó a su oído y le dijo entre dientes:

—No vamos a luchar contra nuestros superiores.

Entonces la duquesa, la tía de Bella, se extrañó y empezó a gritar:

—¡iiii¿¿¿¿QUÉEEEE????!!!!

Bella oyó el grito y salió disparada de la casa a recibir a los “nuevos”. Se acercó a la duquesa y a su padre y preguntó:

—¿Qué pasa? ¿A qué han venido? ¿Quieren pasar?

La duquesa y el capitán la vieron y se sonrieron malignamente el uno al otro como si se dijese: “ya la tenemos”. La duquesa vio a su sobrina de arriba abajo y se desmayó. Claro, Bella llevaba ropa de hombre. Y todas las damas de compañía se desplomaron junto a ella.

Después de abanicarles un poco la cara se levantaron y se prepararon para coger a la futura reina. Bella se sintió atacada y dio un paso atrás. El capitán y muchos de los soldados la cogieron para que no se fuera. Pero Bella iba dando patadas a todos y algunos caían llenos de moratones. Aunque se reunieron y, entre todos, la cogieron. Bella suplicaba a sus amigos:

—¡Ayudadme! ¡Por favor! ¡Aaaah!

Jeremy estaba dispuesto a luchar pero su padre lo paró:

—Deja que se la lleven, hijo mío.

Bella vio que sus amigos no movían ni un dedo y se puso a llorar mientras los soldados la subían al barco. Cuando estuvo dentro, se dijo:

—Yo confiaba en ellos. Y sobretodo en Jeremy.

El velero surcaba las olas rumbo a España. Era una noche de luna llena. Eran las 02:00 de la mañana. Bella estaba sentada en un banco al lado de la borda observando como se alejaba cada vez más de su isla favorita. Su mundo. Una dama de compañía fue hasta ella bostezando para obligarla a irse a la cama de inmediato. Pues, en el barco tenía un camarote para ella sola:

—Princesa, debe entrar de inmediato e irse a la cama.

Bella seguía de espaldas a ella observando el mar. La doncella probó de nuevo:

—Aquí fuera cogerá una pulmonía...—dijo mientras miraba a la princesa.—...y de las grandes.

Bella seguía observando el mar recordando todo lo pasado. Entonces, unas lagrimitas plateadas resbalaron por su húmeda piel de tanto llorar y se fueron al viento. La dama de compañía perdió la paciencia y dijo:

—Princesa, lo único que quiero es...

Bella se giró llena de frustración y le gritó:

—¿Tú quieres algo?¿Quieres qué? ¿Pues sabes qué? Que yo también quiero algo. Una cosa sólo. Quiero regresar a aquella isla y olvidar lo que ha pasado. Hace unas horas vivía perfectamente en aquella isla antes de que vosotros irrumpiérais en nuestro territorio. Así que ahora, al menos, idejadme en paz!

Dijo esto y se fue a su camarote. La doncella sintió pena por ella y se entristeció pero se alivió diciéndose a sí misma:

—Bueno, al menos he conseguido que se vaya a dormir.

Después de unos días, atracaron en España. Muchos marineros la estaban esperando. Bella caminó con los ojos cerrados. Todos ellos la habían decepcionado. Los soldados ataron una de sus manos a una esposa y la otra se la pusieron en la mano del capitán.

Cuando llegaron al castillo, las doncellas la estaban esperando. Se acordaban de ella perfectamente. La habían cogido cuando era un bebé. Una la recibió:

—Princesa, ¡cuánto habéis crecido!

Pero Bella no dijo nada. Siguió adelante y estuvo muda durante unas horas.

Mientras estaba en el castillo le enseñaron a hacer reverencias, a comer como una princesa, a tener buena postura, le hicieron clases de distintas lenguas de toda Europa...

Bella sólo obedecía. No decía nada. Algunos criados dijeron que, por la noche cuando estaba en la cama, la habían oído llorar desconsoladamente. Era una vida mala para la pobre niña. Sus doncellas querían hacer algo por ella pero la duquesa no lo permitía.

A la mañana siguiente, le pusieron un vestido blanco como la nieve y bajó a desayunar. Ahí la estaba esperando su tía.

—Buenos días, querida. Quiero hablarte de todo tu pasado y hacer los planes para hoy. A ver, primero vamos a ir a...

—¡¿ES QUE NADIE PUEDE DEJARME EN PAZ?! NO HE VENIDO AQUÍ POR GUSTO. HE VENIDO OBLIGADA.

ESTO ES EL COLMO. ME VOY.—dijo Bella alborotada mientras se levantaba de su silla.

La duquesa se enojó por el comportamiento de su sobrina y la castigó:

—Éste no es comportamiento digno de una princesa. Como castigo, vete a tu cuarto y no salgas hasta que te lo ordene.

Bella se fue muy decidida a su habitación y no salió en todo el día.

En Sudamérica los marineros seguían viviendo en la casa de la playa. Pero todo se volvió pobre sin Bella. Todos estaban tristes y rezaban para que volviera. No conseguían nada. Y el que lo pasaba peor era Jeremy. Estaba siempre paseando por la orilla del mar pensando en Bella.

Un día vio cómo una barca se acercaba a toda velocidad. Jeremy pensó que eran los soldados que venían para vengarse de algo y se asustó. Fue corriendo hasta la casa y avisó a su padre y sus compañeros. La barca atracó en unas rocas y salió un hombre con un sombrero que le tapaba toda la cara y unos pantalones negros que, por las piernas, estaban rotos. Andaba descalzo. Cuando estuvo en la orilla, se apoyó sobre unas rocas y empezó a respirar agitadamente. Los marineros se armaron de valor y salieron:

—¿Qué quieres, forastero?

El hombre no dejaba de repetir todo el rato:

—Mi hija. ¿Dónde está mi hija?

Los marineros se extrañaron por aquella respuesta e iban a decirle algo para tranquilizarle. Pero el hombre se quitó el sombrero y todos los marineros se sorprendieron y se inclinaron ante él porque aquel hombre...iera el rey Grommo! El que todos daban por muerto ahogado.

—Majestad, creíamos que estabais muerto. ¿Qué os ha pasado...

—¿Dónde está mi hija?

Dijo mientras preguntaba a sus hombres. Los marineros no tuvieron más remedio que contarle que estaba con la duquesa.

—Un velero vino y se la llevó de vuelta a su castillo.

—Ahora está con su tía.

El rey puso cara de desesperación. A todos les extrañó la cara de su majestad.

—¡Oh, no! ¡Mi hermana no! Esa maldita bruja.

Jeremy se sorprendió.

—¿Qué quiere decir con bruja?

El rey respondió con la cara blanca del miedo:

—Mi hermana, desde que éramos pequeños, siempre ha querido ser reina. Pero desde siempre siempre los reyes son los hombres por ley. Ahora seguro que asesinará a mi hija para ocupar el trono. ¡No lo podemos permitir!

A los marineros se les puso la cara blanca al oír eso. ¡Asesinar a Bella! El rey tenía razón. ¡No lo podían permitir! Todos hicieron su equipaje y subieron a la barca. Jeremy fue a la casa y cogió una rosa que un día entregó a Bella.

—Espero que aún estés bien. Vendremos cuanto antes.

Vio que en la mesa estaba la perla negra. A lo mejor se le cayó antes de que se la llevaran. La cogió y se la guardó en su bolsillo para devolvérsela a su amiga. Dejó la rosa y subió a la barca con su padre y los demás y fueron rumbo a España.

Bella seguía en el castillo. Ahora empezó a hablar y a olvidarse de lo pasado. Se lo contaba todo a una doncella anciana que fue la primera en cogerla cuando era un bebé. Estaban hablando de lo que harían al día siguiente:

—Y mañana iré a conocer al conde. Tiene muchas ganas de conocerla, princesa.

Se acercó a Bella y le puso una manta más en la cama para que no pasara frío.

—Buenas noches, alteza.

—Buenas noches, Miriam.

Le cerró la luz y Bella se quedó mirando al techo. Después, notó que no podía dormir así que se levantó y se dirigió a su mesa. Tuvo mucha curiosidad de ver lo que había en la caja hecha de piel y la abrió. Dentro sólo había una vieja pistola. Vieja, sí, pero resistente. La cogió y la miró bien. En el mango decía: *Hans*. No sabía quién era ese tal Hans pero le gustaba la pistola.

Durante unos minutos pensó en enfrentarse a su tía. Bella no quería ser princesa. Ella quería ser libre. Así que se puso su traje de hombre y se ató la pistola en un cinturón para asustar a su tía y que le dejara regresar a su casa. A . Se calzó con sus botas y salió de su habitación a escondidas. Recorrió todo el castillo en busca de su tía. No la encontró por ningún lado. Ni por el comedor, ni en su habitación, ni en la librería, ni en el patio... Por ningún sitio. Entonces, se dijo:

—Dudo que esté en el cuarto de armas.

Pues, en todos los castillos siempre había una habitación solamente para las armas. Para cuando enemigos atacaban, coger armas e impedirles que entraran al castillo. Se acercó lentamente al cuarto de armas. Puso su oído en la puerta e intentó escuchar a ver si su tía estaba ahí dentro. Pero con la estridulación de los grillos cantándole a la luna no oyó nada. Al final se acostumbró al ruido y empezó a escuchar la voz de su tía hablándole al capitán:

—Capitán, nuestro plan de conseguir el poder no tiene el momento de hacerlo. La princesa siempre escapa de mí cuando intento tenerla a solas. O cuando quiero ir a su habitación siempre está con sus damas. No encuentro el momento de asesinarla.

—¿Y nuestro trato?—preguntó el capitán esperando esa información.

—Ah, sí. Nuestro trato. Le prometí que, cuando la princesa ya no estuviera me coronarían reina y a vos os nombraré mi consejero. Aún tengo mi juramento. Pero para conseguirlo necesito toda su ayuda.

—Dispense. Estaré todo el tiempo a vuestro lado.

Entonces, Bella escuchó todo eso, perdió un poco el equilibrio y, sin querer, pisó una hoja seca. La duquesa y el capitán oyeron ese ruido y quisieron averiguar cuál era, pues no querían que les descubrieran. Bella empezó a correr pero abrieron la puerta y la vieron.

—Mira quién está aquí con nosotros esta noche. Si es la princesa. Pasa, “querida”.

El capitán cogió a Bella y le tapó la boca con la mano. Bella intentó morderle pero no pudo, el capitán llevaba unos

guantes de lucha. Cuando entraron, la ataron a una silla y la duquesa empezó a hablarle de su deseo:

—Oh, Bella. Siempre he querido violar la ley. Es injusto que una hermana mayor haya de quedar como duquesa porque su hermano menor es el rey. He intentado matar a tu padre pero fue inútil. Después te tuvo a ti y os fuisteis juntos a esa maldita isla. Pero ahora que tu padre ha muerto, tengo la oportunidad de matarte y coronarme reina. Bella mordió muy fuerte la mano del capitán, quien gritó de dolor y se la quitó. Empezó a masajearla. Pero no supo el peligro que estaba a punto de pasar. Bella empezó a pedir ayuda:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Unos guardias se dieron cuenta y corrieron hacia donde estaba la princesa. Entraron en el cuarto y la duquesa tenía un cuchillo en la mano preparada para matar a la princesa.

—¡Eh! Detente.—dijo el superior de los guardias.

La duquesa se enfureció de no conseguir su sueño y perdió el control. Empezó a asesinar a los guardias terriblemente y a tirarlos al suelo. Bella intentó escapar. La duquesa se dio cuenta y la cogió de una forma que la pobre niña no podía moverse. Le apuntó el cuchillo a su barriga. Por suerte, más guardias llegaron y dijeron a la duquesa:

—Ni se le ocurra hacerlo.

A la duquesa se le tiñeron sus ojos de color rojo y le clavó violentamente el cuchillo en el vientre de la joven. Bella abrió la boca mucho y dejó salir un hilillo de voz que se iba apagando. La duquesa se rió y la tiró al suelo. Bella se giró una o dos veces y se tocó el vientre. Cuando se miró las manos vio que las tenía llenas de sangre. Entonces pensó que ése era su fin. Su historia sería trágica.

—Jeremy. Si ahora puedes oírme te digo adiós.

En el mar, Jeremy notó cómo la voz apagada de Bella resonaba en su cabeza. Ordenó a su padre y compañeros.

—Más rápido, por favor. Bella podría estar en problemas.

Bella miró el techo del cuarto. Se dio cuenta de, que allí colgado, se encontraba un torpedo enorme. Cogió su pistola y apuntó a la mecha del arma. Pensó que ella quedaría más que muerta pero no quería que su tía consiguiese su sueño. Apuntó todo lo bien que pudo, pero su mano le temblaba. Volvió a apuntar lo más rápido que pudo y la pistola disparó una bala rodeada de fuego. Debía ser una de las pistolas más antiguas. Vio cómo el torpedo empezaba a encenderse. Entonces, a Bella se le cayó su brazo en el suelo y cerró los ojos.

La duquesa oyó como el torpedo, por como se balanceaba, las cuerdas que lo sujetaban iban desatándose y el torpedo cayó. La duquesa vio que caía encima de ella y dio su último grito:

—¡AHHHHH!

Entonces, se hizo una gran explosión. Todo el cuarto voló por los aires y las paredes cayeron. Medio castillo voló también. En ese instante, los marineros, el rey y Jeremy llegaron hasta donde se encontraba el cuarto y medio castillo destruido. El rey buscó por todas partes a su hermana para desterrarla para siempre. Pero no la encontró por ningún lado. Todos los marineros y Jeremy acordaron buscar por todo el castillo a Bella para ver cómo se

encontraba. Pero tampoco la encontraron. El rey empezó a preocuparse mucho.

Entonces, Jeremy llamó a sus compañeros y fueron hasta él. Vieron que donde había tenido lugar la explosión todas las paredes estaban amontonadas y trozos de madera, salía un brazo de piel blanca y suave. Con ayuda de todos los guardias, el rey y los marineros lo apartaron todo y vieron que allí estaba Bella tumbada en el suelo con una pistola en la mano. La sacaron del todo y se extrañaron de que no se hubiera hecho daño de la explosión. En cambio, en la camisa blanca que tenía puesta, en el lugar del vientre, había una gran mancha de sangre. El rey empezó a llorar. Todos lloraron. Muchos médicos intentaron hacer algo para ver si estaba aún viva pero todas las pruebas eran negativas. Ésa fue la última noche de Bella.

Muchos estaban delante de la iglesia del reino. Habían dejado a Bella en una cama y ella con un vestido blanco y una corona de flores en la cabeza. Muchos se estaban despidiendo. El rey Grommo estuvo, desde que la dejaron allí, a su lado cogiéndole de la mano y admirando cómo su querida hija había crecido y lo hermosa que se había hecho. El rey, que no se lo había contado aún, le dijo cómo había sobrevivido:

—Cuando el barco se hundió, me agarré a un tablón y estuve flotando durante horas. Me parecieron años. Creí que moriría, que estaba perdido, pero allí a lo lejos pude ver un barco de pescadores africanos. Fueron muy amables subiéndome a su barco y llevándome a su país. Estuve con ellos, por lo menos, diez años. Me enseñaron a cocinar, pescar y luchar como ellos. Un día unos trastos de oro cayeron del cielo y todos cogieron cuantos pudieron. De gente pobre empezaron a ser gente más rica que algunos reyes. Y un día me fabriqué una balsa y fui a la isla donde creía que estabas bien, pero me equivoqué.

Gruesas lágrimas cayeron de los ojos del rey y éste se echó a llorar.

—Lo siento mucho.—dijo el padre de Jeremy al rey.

Su padre había dejado a Jeremy fuera porque no quería que viera a una chica muerta.

Al atardecer, el rey ya se fue a su castillo porque al día siguiente iban a enterrar a Bella. Se sentó en su cama y dijo:

—Y eso que creí que tú eras lo único que tenía. Cuánto te voy a echar de menos.

Cuando fue de noche, unos guardias guardaban la entrada a la iglesia, pues el rey lo había ordenado. Jeremy se acercó porque quería despedirse de Bella.

—¿Puedo pasar? No me han dejado entrar antes.

—Nadie puede pasar aquí. Órdenes del rey.

Jeremy quería entrar pero no pudo. Pero entonces, tuvo una idea. Se sabía un pasadizo secreto. Entró por él a escondidas y llegó a la entrada de donde se encontraba Bella. Abrió un poco la puerta y se asomó la cabeza. Miles de cruces doradas y plateadas estaban por todo el pasadizo. Mientras, sonaba una melodía triste. Jeremy entró y caminó despacio hacia la cama donde se encontraba su amiga. Bella tenía una mano encima del vientre y la otra, apoyada en la cama. Jeremy se sentó a su lado y empezó a hablar mientras se le caían unas lágrimas.

—Hola, Bella. O alteza. He querido despedirme antes pero no he podido, no me lo han permitido. Siempre he querido decirte algo pero no encontraba la ocasión. Desde la primera vez que te vi siempre he estado enamorado de ti.—dijo mientras le acariciaba la cara.—Has nacido con Afrodita dentro de ti. Eres bella y preciosa. Tú no eres una princesa. Eres una diosa.

Iba a irse cuando se olvidó de algo.

—Te olvidaste de tu perla. Espero que siempre viajes junto a ella. Creo que ella es tu destino.

Y quiso despedirse. Acercó sus labios a los de Bella. La miró una vez más y vio que no abría los ojos para nada. Al final,

posó sus labios a los suyos y la besó tiernamente. No se dio ni cuenta de que la perla empezó a brillar. Se levantó y dijo:

—He visto el cuchillo con el que te mataron. Para que estemos juntos siempre, moriré junto a ti.

Cerró los ojos muy fuerte y se apuntó a su pecho en cuanto oyó una dulce voz:

—¡Jeremy! ¡No lo hagas!

Jeremy abrió los ojos y vio que Bella había abierto los suyos y se había sentado en la cama. Jeremy abrió mucho los ojos y notó cómo el corazón estaba a punto de estallar. El joven se sentó junto a Bella y ésta dijo:

—Fue mi tía. Quería ser reina. Pero ahora estoy viva gracias a ti. He oído tus palabras y creo que eres todo un caballero.

—Ah.—fue lo único que le salió a Jeremy.

—Y has dicho que me querías y quería decirte que...—dijo mirando la perla buscando palabras que decir.

—¿Sí?—preguntó Jeremy queriendo oír lo que Bella iba a decir.

—...que yo siempre te he amado también.—dijo finalmente.

Jeremy se quedó sorprendido. Bella se le acercó y lo besó tiernamente. Jeremy se quedó con los ojos abiertos y al final, los cerró y abrazó a Bella.

Epílogo

Y aquí termina la bonita historia de Bella y Jeremy. Supongo que queréis saber lo que pasó después.

Pues bien. Bella fue a despedirse de su padre y a contarle que quería casarse con Jeremy. Su padre le contó que el protocolo decía que una princesa debía casarse con un príncipe. Pero, ya sabéis lo que dicen siempre las princesas:

—¡Al cuerno el protocolo!

En España hubo una gran boda. Todos se despidieron de los novios.

El rey Grommo creía que su hija se iría a vivir a un nuevo palacio, pero no. Jeremy y Bella se fueron a vivir a la casa de la playa. Y vivieron felices y comieron pescado cada día. Y se les recuerda si no se han borrado de la historia. Pero estuvieron tan ciegos de amor que no se enteraron de que pronto, el mal acecharía en sus vidas, de nuevo.

Fin